

Consideraciones sobre las religiones de los pueblos no civilizados. Los Caribes*

Eugenio AMADIS

Digitalización: Boris Rodríguez

Los que pueden olvidarse por un momento de las preocupaciones de la política, ó interesarse en el desenvolvimiento de las ideas, encuentran un conmovedor espectáculo en el esfuerzo que tratan de hacer las ciencias positivas para conquistar todo en la vida del hombre: la conciencia lo mismo que el organismo, para pasar por sobre la libertad moral el nivel del determinismo universal y hacer converger hacia las leyes físicas todo cuanto parecía, hasta aquel momento, formar como una naturaleza aparte dentro de la misma naturaleza.

El progreso del tiempo ha hecho sufrir á la sociedad una transformacion casi completa; la óptica moral ha cambiado de direccion, de claridad y de juicio, y ya no vemos las cosas como las veian nuestros antepasados.

Ellos desconfiaban de la ciencia; más aún, la temian; nosotros le rendimos ferviente culto, considerándola como el más seguro agente de la civilizacion, como el más firme baluarte del progreso, como el más activo redentor de todas nuestras esclavitudes.

Y digo como el más activo redentor de todas nuestras esclavitudes, porque, por lo general, los

gobernantes muestran bastante indiferencia hácia todo cuanto puede suceder y acontecer en el seno de las sociedades científicas, y hasta en el mundo de las ideas en los tiempos de calma. Cuando ven á las gentes ocuparse sólo en cosas de literatura, de filosofía, de ciencia y de religion, creen firmemente que todo esto en nada absolutamente les atañe. Pero, tan pronto se habla de política en alguna parte, escuchan con detenida atencion; se imaginan que solo puede afectarles lo que directamente se haga ó se diga de ellos mismos; y no creais que esto sea capricho solamente de esos pequeños espíritus que suelen, por lo general, regir los destinos humanos. Los más esclarecidos ingenios han adolecido de la misma falta. Existen opiniones filosóficas ó religiosas que han cambiado la faz de los imperios y que han nacido al lado de los hombres más eminentes, sin que éstos hayan reparado en ello. Es de suponer que si esos mismos príncipes hubiesen tenido noticia de que sus subditos discutian entre sí una cuestion de ornato público, hubiesen puesto todo el cuidado posible para ver y oír.

Por eso creo firmemente que la perfeccion moral no se encuentra al cabo en la santa beatitud que no es otra cosa que una estéril y criminal inercia;

*Nota del Editor: este trabajo fue publicado originalmente en la Revista Cubana, tomo 1, páginas 7-31. Imprenta Soler, Álvarez y Cía, La Habana, Cuba, enero 1885. Se ha respetado la ortografía original.

pero que sí puede adquirirse, por lo ménos en la medida que en lo humano puede y debe esperarse, en la actividad de los sentidos y del espíritu empleados en dulcificar nuestra suerte, por medio de una constante sed de aprender y de adquirir, siempre despierta, siempre en movimiento, jamás fatigada ni satisfecha, y que cada día nos lleve más lejos en el sueño de nuestra legítima ambición.

Queda la muerte, es verdad, paso bastante desagradable que franquear para todo ser cuyos ojos han visto la luz del día. La mayor parte á lo ménos, llegan hasta allí sin acordarse mucho de ello, como se llega á un término oscuro aunque previsto, pero sin hacer de su existencia un perpétuo espanto y un grito de angustia.

¿Quiere decir esto que el espíritu del hombre haya renunciado á sondear el misterio de su destino? ¿Que le interesen ménos vivamente los dogmas, las doctrinas, la religion? ¿Que tienda su vista con ménos temor sobre el espacio cuyo inmenso vacío ya nada vela?

De ninguna manera.

«Cuando nos hallamos en la cima de la montaña, miramos al precipicio. Cuando nos hallamos en el fondo de la cascada, miramos al cielo.»

Para verse más libre en sus movimientos, más desembarazada en el fondo y más osada en la forma, la humanidad no ha renunciado á agitar los insolubles problemas que encuentra en su marcha de constante investigación.

En ese su afán de explorar lo desconocido, siéntese impulsada por una respetuosa curiosidad que le permite remontarse hasta los orígenes, discutirlos textos, comparar entre sí las diversas opiniones y aquilatar su verdadero valor bajo el punto de vista político y social. En una palabra, la sumisión del cristiano ha llegado á ser si no más *razonable*, por lo ménos más *razonadora*.

Yo tengo la idea de que inconscientemente experimentamos la influencia del medio en que vivimos todos.

La inteligencia y conocimiento de las nebulosas edades anteriores á la clara reflexión, es la conquista intelectual de que con orgullo puede vanagloriarse el siglo XIX.

El génio no inventa, su misión se dirige á recoger los gérmenes similares que flotan en la atmósfera moral de su tiempo, gérmenes delicados y en mucho desconocidos hasta de los doctos, y descu-

briendo las relaciones que los unen, acercarlos, relacionarlos, vigorizarlos, extenderlos, hasta fundirlos en un cuerpo de doctrina vaciado en la turquesa de sus talentos, y por tal sellado con la marca de su exclusiva personalidad. Si en el campo artístico se dijo que Rafael no había caído de las nubes por arte de encantamiento, antes bien, que tenía sus raíces en todos los maestros italianos que le precedieron; si es evidente en la esfera literaria, que lo mismo el Dante que Goethe, por ejemplo, tienen también sus predecesores legítimos y más ó ménos directos; por lo que mira á la pura ciencia hijos de amenguarse, la razón de este principio adquiere poderosa robustez y cumplida eficacia.

Curioso es, por cierto, seguir paso á paso los ensayos que se hacen por inteligencias privilegiadas, para hacer cada día más extenso el dominio del saber. Vemos libre-pensadores, sacerdotes, hombres de mundo, hombres de estudio, anticuarios, filósofos, viajeros &., &...., los unos espiritualistas y cristianos, los otros positivistas, éstos partidarios acérrimos de la doctrina de la evolución, aquellos tendiendo á atacarla y, sin embargo, todos se afanan en reunir todos los indicios, todas las observaciones, todos los objetos que alguna relación tienen con la existencia del hombre en los tiempos anteriores á lo que llamamos historia, cuando nuestra especie no estaba todavía en posesión de las artes, ni de los procedimientos de donde ha salido la civilización, ó bien que estas artes ó estos procedimientos eran tan rudimentarios que ni su recuerdo siquiera ha llegado hasta nosotros.

Por esta razón podría contestar á cualquiera persona que me preguntase dónde es posible encontrar datos suficientes para emitir opinión sobre materia tan difícil y oscura y hasta ahora tan poco estudiada, como la de que voy á tratar, que la dificultad consiste precisamente en saber escoger en medio de innumerables materiales puestos á la disposición del investigador.

Yo me propongo exponer los principios, las formas y las tendencias de la religion en medio de los pueblos no civilizados.

Este estudio me proporcionará la ocasión de poner de manifiesto ciertas observaciones puramente étnicas, sociales y morales de estos mismos pueblos, porque no considero posible hacerse una idea verdaderamente clara y objetiva de las creencias y de las prácticas religiosas de un pueblo, sino

únicamente cuando se conocen los rasgos generales á lo ménos de su estado social. Aquí el marco es absolutamente necesario al cuadro, y lo estimo tanto más necesario cuanto que, segun mi sentir, el desenvolvimiento de la religion y el de la civilizacion no han dejado nunca de ser solidarios.

Al emprender cualquier estudio sobre materias de religion, se expone uno á las invectivas de los fanáticos, las que no pueden menos de producirse si se toca algun artículo de fé, y tambien á la sonrisa de ciertos espíritus llamados prácticos ocupados únicamente de las cuestiones palpitantes. Y que esto es así, lo prueba hasta la evidencia la maldicion que cayó sobre Mr. Ernest Renan, cuando la publicacion de su «*Vida de Jesús*», y la confesion extraña por cierto, que el mismo Mr. Ernest Ronan hace en el prefacio de sus «*Nuevos estudios de historia Religiosa*;» «El trabajo sobre el Budismo, dice, estaba destinado á la «*Revista de Ambos Mundos*», y fué el primer trabajo que presenté á esa publicacion. Mr. Buloz, el menos budista de los hombres, elogió ciertas partes secundarias, pero, en cuanto al fondo no quiso creer que fuera una verdad. Un budista real y verdadero, de carne y hueso, le pareció una cosa que no podia admitirse. A todas mis pruebas contestó inexorablemente: No es posible que exista gente tan estúpida.»¹

Es menester, sin embargo, tomar las cosas tal cual se presentan a nuestro entendimiento.

Esta verdad: «*No existen hechos sobrenaturales en el mundo accesible á la experiencia del hombre*,» se impone cada día más á la conciencia del género humano. El género humano recurre a la oracion cada dia menos, porque sabe que ninguna oracion jamás ha surtido efecto.

En tales condiciones, la supersticion podrá disponer todavía de fuerzas imponentes, pero no será más que un estorbo social.

A los espíritus atareados, se les puede recordar que si bien el hombre no depende de un dueño caprichoso que lo hace vivir, morir, prosperar ó padecer, depende del conjunto del universo el cual tiene un fin y lo hace converger todo á este fin, y que la cultura elevada no destruirá nunca la religion entendida en el sentido sublime.

Clasificáronse las religiones de muchas maneras, obedeciendo á menudo á consideraciones previas hijas de los sistemas teológicos ó filosóficos; el antropólogo mas comedido, colócalas segun el grado de desarrollo moral é intelectual que implican, comenzando por tanto, en aquella que acusa al parecer el grado ínfimo de la impresionabilidad más rudimentaria, con la consiguiente falta de ideas reflexivas, para remontarse hasta el límite superior del mayor alarde intelectual imaginativo.

¿Y qué estudio, puede presentar mas interés que el que tiene por objeto los pueblos no civilizados?

Al estudiarlos tocamos, por decirlo así, estados de espíritu, maneras de pensar, de sentir y de vivir, que han sido las de nuestros antepasados en épocas que no podemos precisar por falta de documentos. Los no civilizados de hoy representan á nuestra vista lo que la humanidad entera ha debido ser en el período de transicion entre el del salvajismo absoluto y el de la marcha definitiva hácia la civilizacion. Y el interés sube de punto cuando se reconoce despues de detenido examen, que llegado á cierto grado de desenvolvimiento el espíritu humano ha concebido en todas partes, de una manera casi idéntica el universo, quiero decir lo que le parecia ser el universo, el conjunto de las cosas y por consiguiente el espíritu objeto de la religion colectivo ó individual, con el cual trata de unirse para dominar las contradicciones de su destino.

Ya sé que se me hablará de los pueblos no civilizados desprovistos al parecer de toda especie de religion. Y las autoridades no faltan por cierto: Livingstone, Samuel Baker, Dalton, Lichtenstein, Bradley, Darwin, Lubbock y el mismo Broca ha dicho: «Es para mí indubitable que existen en las razas inferiores pueblos sin culto, sin dogmas, sin ideas metafísicas, sin creencias colectivas y, por consiguiente, sin religion.»²

Pero, ¿es legítima la exigencia de Broca? ¿Está necesariamente la religion ligada á estas formas que suponen un desenvolvimiento intelentual va bastante adelantado?

La religion, para el mayor número de los no civilizados, consiste casi únicamente en la fé en los medios de conciliarse los favores ó de apartar el mal querer de los espíritus que se imaginan revolotear

¹ Nouvelles études d'histoire religieuse par Ernest Renan: 1884. Paria. Calmann Lévy. Préface.

² Bulletin de la Societé d'Antropologie, p. 53, 1806.

en los aires ó residir en los objetos naturales. Tienen hechiceros á quienes consideran intermediarios eficaces entre ellos y esos seres superiores, y su religion se compone sobre todo de magia ó brujería.

Y lo más raro del caso es que se nota una semejanza extraña, no tan sólo de nociones y creencias generales, sino de ritos, de hábitos particulares, de circunstancias raras en materia de costumbres y de religion entre pueblos muy distantes unos de otros, pertenecientes á distintas razas y no habiendo tenido nunca relacion alguna entre sí.

Preferible es, pues, asociarse á la declaracion que hace Girard de Rialle en su libro intitulado: «La Mitologia comparada:»³ «La afirmacion de que existen pueblos absolutamente irreligiosos, dice, es del todo inexacta.... Podemos manifestarlo sin temor, pudiendo dar la prueba de lo que sostenemos. No hay ni una fraccion siquiera, por pequeña que sea, de la humanidad, que no manifieste, de una ú otra manera, marcada aspiracion á interpretar el universo.»

Por otra parte, como dice Mr. A. Reville, en su libro intitulado: «*Las religiones de los pueblos no-civilizados.*»⁴ «Se han visto viajeros europeos que han visitado las lejanas latitudes con interés de las ciencias geológicas, botánicas, zoológicas, y cuya abnegacion, valor y preciosos descubrimientos sobrepujan á toda ponderacion, pero carecían á un grado sorprendente de psicología religiosa y de conocimientos sobre historia de la religion. Se han visto misioneros cristianos incapaces, por estrechez teológica, de interesarse en las supersticiones de los pueblos que se proponian convertir, y negar el nombre de religion á creencias que les parecian la negacion de todo lo que ellos consideraban que debe admitirse bajo tan venerable título. Hubiera sido, segun su parecer, dispensar mucha honra á las infernales inspiraciones de Satanás, el consagrar trabajo y tiempo á estudiarlas de cerca. Y así es como se ha formado la leyenda de los pueblos desprovistos de «toda religion tan fácilmente admitida por algunos.»

A todo esto debe añadirse que por lo general, los salvajes ó á lo menos los que tenemos por tales, están poco dispuestos á explicar á los europeos que visitan su país, sus costumbres, sus creencias y

sus tradiciones. Muchas veces aquellos á quienes se dirigen las preguntas son incapaces de contestar aunque lo quisiesen. El espíritu esencialmente perezoso del no civilizado tiene horror al esfuerzo intelectual necesario para comprender bien una cuestion que se relaciona con tales objetos, y para contestar en términos precisos. Como no concibe e interés que el hombre blanco puede tener en inquirir estas cosas, sospecha las intenciones de su interlocutor, y se pregunta si las indicaciones que podrá dar no le causarán perjuicio. Para él el Europeo es un medio hechicero sino un hechicero por completo, le repugna por lo tanto poner en sus manos algo que sobre su suerte pueda tener influencia, explicándole sus creencias religiosas ó dejándole hacer su retrato por ejemplo. Casi todos los viajeros han notado esta última repugnancia en todos los no civilizados, fundada en todas partes sobre la creencia en la magia y sobre el partido, que un mal intencionado, puede sacar de todo lo que proviene de la persona que se quiere perjudicar. Y sin recurrir á los no civilizados ¿no vemos la mayor parte de los campesinos ignorantes de nuestros días repugnar á toda pregunta que se les dirige, «*ex-ábrupto,*» sin haberse de antemano captado su confianza? No comprenden tampoco la curiosidad de los preguntones, desconfian ó temen alguna burla.

A mayor abundamiento, el no civilizado se encierra en un silencio que cree prudente, opone un nó sistemático á todas las preguntas, ó bien algunas veces le parece gracioso decir al «*hombre blanco*» todo lo contrario de la verdad. Sólo permaneciendo entre ellos mucho tiempo y despues de serias y repetidas observaciones, es como puede uno darse bien cuenta de su religion.

Lo he dicho al empezar, el desenvolvimiento de la religion y el de la civilization no han dejado nunca de ser solidarios. Este es el motivo porque yo, dedicado desde hace va más de treinta años á los estudios puramente económicos, he querido entrar en el movimiento antropológico por la puerta de la religion.

«Sin renunciar á la medicion de los cráneos, dice el doctor Juan Vilanova y Piera, sin olvidarse del compás y la balanza, ni menos de la morfología humana, conviene por todo extremo, ocuparse del hombre vivo, que siente, vive y obra; en una palabra, la Antropología necesita pasar del período

³ París. Reynwald, 1878, p. 10.

⁴ Paria. Fischbacher, 1883. Tomo 1º, p.14, 15 y 16.

estático al dinámico. Limitarse indefinidamente á clasificar los hombres como el botánico clasifica las plantas en un herbario, implicaría un error de concepto trascendental: la Antropología debe y puede reivindicar el examen de todas las ramas de la actividad humana; y es preciso que llegue el día en que el psicólogo, el legislador, el economista y el filósofo puedan recurrir á la nueva ciencia, en busca de la cantidad de hechos auténticos y coordinados que necesitan las direcciones especiales del saber á que cada uno de ellos se dedica.»⁵

Someto, pues, hoy á la apreciacion de los peritos, un fragmento de mis trabajos sobre este orden capital de hechos doblemente interesantes, por su carácter intelectual y moral, que tanto en lo pretérito como en lo futuro, obtiene una descomulgada significacion ú importancia en el carácter, permanencia y resultados del organismo social. Este órden de hechos denominase la religion.

Es un fragmento de oportunidad. Lo he escogido expresamente. Lejos de mi la pretension de terminar el debate sobre tan difícil y ardua cuestion. Vengo á dilucidarla un poco más. Mis opiniones estarán aquí, podrá impugnarlas el que quiera. Hasta me alegraré de (pie así suceda, pues suelo no rehuir la discusion, porque considero que toda sociedad digna del nombre de civilizada es una escuela mutua donde cada uno de nosotros, profesor y al mismo tiempo alumno, enseña y aprende á la vez. De esta accion y de esta reaccion de cada uno sobre todos y de todos sobre cada uno brota la luz de la verdad.

Podrian hasta cierto punto, ponerse en duda las primeras noticias que tuvieron los españoles de la existencia de los Caribes, es decir, el nombre de *Caniba* que usaban los indios inofensivos y tímidos de las islas pequeñas para designar á sus vecinos feroces, que se comian á los prisioneros que hacian, porque fácil es equivocarse cuando se habla de una cosa sólo por referencia, pero la negativa es más difícil, cuando se tienen á la vista los pormenores del segundo viaje de Colon.

«El día 3 de Noviembre de 1493, primer domingo despues de la fiesta de Todos los Santos, se descubrió tierra con grandísimo júbilo de todos.

Los pilotos calcularon la distancia desde la isla de Hierro en 780 á 800 leguas. A la derecha de la primera isla se vió luego otra; la primera era montuosa y en general elevada, y la segunda llana y cubierta de bosques; y cuando se hizo día claro se vieron á derecha é izquierda todavía otras islas. La primera recibió el nombre de *Dominica* y está en el centro de la hilera de las pequeñas Antillas entre los 15° y 16° de latitud N.; de modo que Colon llegó en este su segundo viaje á América unos 8° á 9° más al Sur que la primera vez. No ofreciendo un puerto á propósito esta isla, pasó la Iloa á la segunda, situada más al Norte, que recibió el nombre del buque almirante «*Marigalante*.» Allí desembarcó Colon y con el pendon de España en una mano tomó posesion de la isla que pareció deshabitada.»

«Al día siguiente llegó la expedicion á la isla gemela «*Guadalupe*,» llamada así porque Colon la habia prometido á los frailes del convento de este nombre en Extremadura.»

«Vista desde el mar, ofrecia esta isla un espectáculo grandioso, con su magnífica cascada que se precipitaba desde una elevada sierra al llano. El desembarque se efectuó junto á un número de chozas abandonadas, en las cuales se encontraron todavía diferentes comestibles, pero tambien huesos humanos y algodón en rama y en parte elaborado. Los habitantes eran, pues, antropófagos, y se supo por algunos que se cojieron que se llamaban Caribes. Los expedicionarios pensaban que la voz *Caribe* era una corrupcion de *Canib*, y que esta última significaba subdito del Khan ó Kahan, emperador mogol cuyo país se buscaba. Poco á poco se aplicó el nombre de *canib* ó *canibal*, á todas las tribus salvajes antropófagas. En las relaciones con estos caníbales prestaron ya excelentes servicios como intérpretes dos de los siete indios que Colon se habia llevado de las islas Eucayas en su primer viaje, porque los cinco restantes habian muerto. Esta última circunstancia es de mucho peso en esta cuestion porque las noticias debieron precisar mucho más que cuando los Españoles no podian entenderse más que por signos con los indígenas.

Mencion se hace tambien de los Caribes en la relacion del viaje que en otoño de 1509 emprendió Ojeda con cuatro buques y 300 hombres de dotacion, con el piloto Juan de la Cosa. Ojeda desem-

⁵ La Creacion. Historia natural, tomo 1º, CXCVI, Barcelona. Montaner y Simon. 1872.

barcó donde hoy se halla Cartagena. «Fueron inútiles, dice la relacion, los repetidos consejos en contra que le dió Juan de la Cosa que conocía por sus viajes anteriores el carácter belicoso de las tribus ribereñas y los efectos mortíferos de sus flechas envenenadas. Ojeda, despreciando el aviso y con 70 hombres, se puso en camino al despuntar el día, cayó sobre la primera aldea que encontró mató á todos los indios que resistieron y se llevó á bordo en calidad de botín humano á los que pudo prender vivos. Cansados y satisfechos de su victoria, se entregó la columna al medio día al descanso, pero fué sorprendida por los Caribes de las otras aldeas inmediatas que temieron verse atacados á su vez, y de todos los españoles se salvó solamente Ojeda. Recogido y socorrido por Nicuesa, que por fortuna pasó entonces por la misma costa con su flotilla que iba de España y se dirigía al istmo, Ojeda se dirigió más al Oeste á orillas del golfo de Uraba, donde fundó en 1510 una colonia defendida por una casa fuerte hecha de troncos de árboles.

A ella tuvieron que retirarse muy pronto todos los hombres de la expedición por temor de ser víctimas de los Caribes no ménos hostiles y guerreros que los de la costa de Cartagena, y siempre en acecho; de modo que sólo se atrevían los sitiados á salir en grandes grupos cuando el hambre los obligaba á ello.

Además se sabe que la expedición de Martín Fernández de Enciso, —que llevaba á Vasco Núñez de Balboa, y que en el camino encontró casualmente el buque últimos restos de la expedición de Ojeda, cuyo buque se iba hundiendo y en el cual venían Francisco Pizarro y 60 hombres que habían abandonado la desgraciada colonia de San Sebastián de Uraba,—se perdió en la punta Caribana en el extremo oriental del golfo de Darien; que los desgraciados naufragos encontraron quemada y arrasada por los Caribes la colonia de San Sebastián no muy distante, y que Pizarro acababa justamente de abandonar y que resolvió toda la partida pasar al otro lado del golfo y fijarse allí á pesar de formar parte aquella costa . del territorio cedido por el rey á Nicuesa.⁶

El extremo oriental del golfo de Darien puede considerarse, pues, como el límite Oeste de la región habitada por los Caribes. Al Este llegaron hasta más allá del Amazonas hácia la confluencia de este río gigante con el río Negro, pero el centro más activo se encontraba á orillas de la embocadura del Orinoco, y su aptitud marítima permite suponer que se familiarizaron con los peligros lo mismo que con el arte de la navegación á orillas de los numerosos estuarios por donde el Orinoco vierte sus aguas en el mar de las Antillas.⁷

Un rasgo característico de este pueblo, es que por lo general en las poblaciones primitivas son la necesidad de la defensa y de la protección mutua las que impelen á las familias y tribus aisladas á unirse para formar un principio de nación. Los Caribes, por el contrario, se unen más bien movidos por el deseo de atacar. Formaban una especie de confederación de guerra sometida á las más severas reglas.⁸ Este temperamento aventurero y belicoso hizo que llevaran muy alto el sentimiento de su superioridad sobre los demás pueblos que consideraban como sus esclavos predestinados. Cuidaban de la limpieza de su cuerpo, lo que raras veces se nota en los pueblos no-civilizados, y esto viene á probar que con el sentimiento de la dignidad personal va creciendo esta necesidad física y moral á la vez.⁹

Los Caribes, azote de los pobres indígenas de las Antillas, quisieron también hacer frente á los europeos, y éstos no llegaron á establecer su superioridad, más que después de luchas sangrientas parecidas á la mencionada en la relación de la expedición de Ojeda. La Guadalupe, la Martinica, Santa Lucía, donde estaban fuertemente establecidos, tuvieron que arrancárseles á pedazos por decirlo así; nunca pudieron someterse á la esclavitud, y la mala reputación que habían alcanzado de caníbales endurecidos, hizo que pudiese considerarse justificada la guerra de exterminio emprendida contra ellos. En todo caso tuvieron que renunciar á esa vida de aventuras y expediciones asoladoras que constituían su prestigio y su fuerza. En el mismo continente Sur Americano iban siempre disminuyendo en número. Esta raza, nacida gue-

⁶ Historia de la época de los descubrimientos geográficos por el Dr. Jophus Ruge, págs. 107, 131, 135. Barcelona. Montaner y Simon, 1884.

⁷ A. Réville, op. cit., pág. 331.

⁸ Humboldt, Reise, v. 38.

⁹ A. Réville, op. cit., pág. 336.

rrera, formada en la guerra, debía necesariamente perder mucho desde el momento en que la obligasen á vivir en paz.

No deja, sin embargo, de presentar en medio de los no-civilizados de América, un tipo fuertemente acusado. Es, pues, interesante saber lo que podía ser la religion en este pueblo de piratas y antropófagos.

Es natural que se haya dicho de los Caribes, lo mismo que de todos los pueblos no-civilizados, es decir, que no tenían religion. Con efecto, no tenían ni templos, ni fiestas señaladas, ni sacerdocio constituido. Su religion corresponde en su principal fundamento á su estado de cultura, es la religion de los salvajes: la creencia en los espíritus y el fetiquismo¹⁰. Una incoherencia muy grande se nota en sus creencias y esto no es de extrañar puesto que la costumbre que tenían de llevarse las mujeres de los pueblos que vencian, debía necesariamente influir mucho en su manera de ser ó apreciar las cosas en materia religiosa. Muchos rasgos de las creencias de los indios de las Antillas se encuentran mezclados con las suyas propias, sin embargo, temen los dioses extraños y procuran, respetándolos, no incurrir en su cólera. Predominaba entre los Caribes y con más fuerza que en ningun otro pueblo el dualismo de los buenos y malos espíritus. Debe notarse que la luna más bien que el sol era objeto de su adoracion, y que los espíritus protectores de los hambres no llevaban el mismo nombre que los de las mujeres. Estos últimos eran *Chemén* ó *Tehemyn* nombre parecido al *Chemis* de los indios de las Antillas. Los de los hombres eran *Ákambué* y presidian á la caza, á la pesca y á la guerra. Los *Akambue* se dividian en buenos *Opoyen* ó malos *Mapoyen*. Este punto de vista dualista cobraba más importancia por causa de las extrañas ideas que se hacian los Caribes sobre la naturaleza del hombre. Atribuian á cada hombre varias almas, por lo comun tres: de la cabeza, del corazon y de los brazos. Muchas veces iban más allá en esa division del sér humano y asignaban una alma distinta á cada lugar del cuerpo donde se sentia latir una arteria¹¹. La mejor de las tres almas ó más bien la única buena era la del corazon. Era ella

la que se trocaba en espíritu bueno despues de la muerte. Recibia un cuerpo nuevo, joven y hermoso y se iba á vivir en las altas regiones del cielo. Las demás almas por el contrario, se trocaban en espíritus malos y vagaban por los aires cerca de la tierra, sobre todo en las soledades ó á orillas del mar donde procuraban provocar naufragios. Otras vivian en lo más profundo de los mares: eran los antepasados que habian perecido navegando y por esta razon les echaban ofrendas para apaciguarlos y obtener su ayuda en caso de peligro. Los Europeos que les hacian cruda guerra y los lanzaban de los países que hasta entonces habian ocupado y dominado no tardaron en ser considerados por ellos como los espíritus malos del mar¹².

La religion de los Caribes revestia, pues, un carácter animista muy mareado y los espíritus se confundian con los mayores difuntos, así es que no les gustaba pronunciar los nombres de sus muertos¹³. Además esos espíritus podian multiplicarse durante su nueva existencia porque continuaba la diferencia de los sexos¹⁴. Podian tambien presentarse á los vivos bajo la forma de animales.

Sin embargo, los espíritus difuntos podian interesarse en el bienestar de sus descendientes. Por esta razon los Caribes hacian especies de fetiches cen el pelo ó los huesos de sus mayores en la creencia de que los espíritus difuntos venían á habitarlos. Disolvian y bebian las cenizas de sus jefes con el objeto de apropiarse sus cualidades y captarse su benevolencia¹⁵. Tambien hacian secar los cadáveres y los embalsamaban haciendo una especie de momia¹⁶. No por eso dejaban de tener fetiches ó idolos de piedra, de tierra ó de algodón representando la forma humana, pero muy toscos y feos. Esto no significa que quisiesen expresar su horrible carácter á lo malo de su naturaleza, porque los buenos espíritus tutelares no eran, por cierto, en nada más hermosos, sino porque no sabian hacerlo mejor en el estado de cultura en que se

¹⁰ J. G. Müller.—Geschichte der Amerikanischen Urreligionen (Historia de las religiones primitivas de América) 2ª, ed. Basilen, 1867.—pág. 205.

¹¹ Müller. op. cit., pág. 207.

¹² Müller. op. cit., pág. 208-209.

¹³ Delaborde, Caribes, p. 391. —Recueil de divers voyages. — 1681.

¹⁴ P. Dutertre.— Histoire générale des Antilles habitées par les Français, — 1667. II. pág. 365.

¹⁵ Delaborde, op. cit. 453.

¹⁶ J. B. Labat. Nouveaux voyages aux îles de l'Amérique III. pág. 183.

hallaban. Y, sin embargo, estas obras significan ya un progreso hácia un estado de cultura que se hubiera perfeccionado si los Europeos hubiesen venido á América con ideas distintas de las que por desgracia predominaban en los primeros conquistadores. Tenemos que mencionar los fetiches de forma animal ó fragmentos del cuerpo animal como huesos, uñas, cabeza*, plumas. Las formas animales representadas por los Caribes son la tortuga, la serpiente y el caiman. En cuanto á los fragmentos del cuerpo animal más bien que fetiches creemos que deben considerarse como amuletos ó talismanes, lo que es muy distinto, porque el fetiche es consciente, miéntras que el amuleto ó talisman son cosas y por lo tanto inconscientes. El hecho de haber encontrado los primeros descubridores, en la Guadalupe, imágenes de forma humana cuyos piés estaban enredados con culebras, indica que los Caribes estaban ya á una altura religiosa en que predominaba el símbolo. En esto debe verse la influencia que ejercían, como lo hemos indicado ya, las mujeres de los pueblos que venían, puesto que estas imágenes, tienen que atribuirse en general á la poblacion originaria de las pequeñas Antillas, que los Caribes se apropiaron con el tiempo. Además, tomaron los Caribes de los brasileños la *Maraca* ó sea *Botella mágica*, especie de calabaza llena de piedrecitas, granos y pequeños palitos, adornada con hermosa* plumas; fetiches más ó menos encantados, alrededor de los cuales bailaban y honraban con sacrificios. Esto hace suponer que consideraban la *Maraca* como residencia de uno ó de varios espíritus¹⁷.

Las ofrendas á los espíritus consistían en frutas, tabaco, casabe. Las premicias de las frutas tenían un valor especial como específico para preservarse de las enfermedades. Suponian que los espíritus consumían las ofrendas y creían percibir claramente, al través de las paredes de las chozas cerradas destinadas á sus Dioses, los movimientos de las vasijas que contenían las ofrendas y oír el ruido de las quijadas cuando suponian empezado el banquete. Existe también la opinion de que los espíritus tomaban las ofrendas no más que espiritualmente, permaneciendo delante de ellas durante la noche, y que más tarde eran comidas por los Magos¹⁸.

El hecho sostenido por algunos de que los Caribes no hacían sacrificios humanos, no es admisible, atendiendo á que no ha habido ningún pueblo idolatre en ningún tiempo y en ninguna parte del mundo, á cualquier grado de cultura que haya llegado, que no haya manifestado su sentimiento religioso sacrificando víctimas. Por otra parte se nos dice que inmolaban esclavos y prisioneros sobre la tumba de sus jefes.

Tenían costumbres que por lo general, suceden al sacrificio humano; por ejemplo, cuando el nacimiento del primogénito el padre se hería repetidas veces y salpicaba con su sangre el cuerpo del recién nacido; se hacían incisiones sangrientas al llegar á la pubertad, á hombres y mujeres, particularmente á los primeros cuando se les entregaban las armas ó iba alguno á ser proclamado jefe, y sobre todo cuando era admitido en la categoría de Mago. Es, pues, verosímil que cuando inmolaban sus prisioneros de guerra para comerlos, los ofrecían á los espíritus y á los Dioses para que éstos comiesen el espíritu reservándose la carne como en los demás sacrificios¹⁹. *Los Europeos testigos de tan horribles comidas no repararon, sin duda, en esta sutil distincion, y pudieron creer que ninguna intencion religiosa entraba en esas inmolaciones.* Este punto es muy importante y merece detenida atención porque de aquí dimana una circunstancia atenuante — si algo puede atenuar tan horrible costumbre— en favor del pueblo que nos ocupa.

Los Caribes consumaban los sacrificios sobre una mesa al efecto, y esto extraña, puesto que no la usaban para ellos. El deseo de presentar las ofrendas á los espíritus en condiciones de limpieza y decencia de las cuales prescindían los hombres, ha podido muy bien dar lugar á esta costumbre en un pueblo más amigo de la limpieza que los demás no civilizados.

Como templos, no se mencionan más que cavernas, que sin duda ninguna habían heredado de los indígenas de las pequeñas Antillas, á quienes habían exterminado. No tenían fiestas religiosas fijas, se celebraban en ciertas ocasiones al nacer un niño, al curarse un enfermo ó despues de una expedicion. El baile y el ayuno ocupaban el primer lugar como expresion del sentimiento religioso. Estaba muy arraigada entre ellos la creencia de que

¹⁷ Müller. op. cit. 210-211.

¹⁸ Müller. op. cit. 211.

¹⁹ Müller, op. cit., pág. 212.

un hombre en ayunas aplacaba mejor la ira de los Dioses. Esto proviene, sin duda, de la idea animista de que los alimentos son también ellos mismos receptáculo de otros espíritus, y se introducen con ellos en el cuerpo²⁰.

El sentimiento principal que se nota en toda la vida religiosa del salvaje es el miedo. Al sentir á su Dios se llenan de terror. Es un angustioso soñar despierto el que domina sus visiones. De aquí proviene que el verdadero sueño representa un gran papel y está en verdadera relación con el grado de religiosidad. Los Caribes tienen sueños angustiosos en los cuales se les aparece el espíritu malo y los atormenta hasta que despiertan dando fuertes gritos. Y despiertos, temen á cada instante ser encantados; en todo mal ven la influencia de un espíritu; por miedo á los espíritus, temen emprender viaje solos; están amedrentados por una multitud de malos presagios. Pero nada temen tanto como el huracán y el trueno. Cuando empiezan á amontonarse oscuras nubes corren apresuradamente á sus chozas, lanzando fuertes gritos, tapándose la cara con las manos y llorando hasta que pase la tempestad. Este miedo á la tempestad los persigue hasta el otro mundo, porque los espíritus tienen también miedo á los truenos y tratan de ocultarse: es que el trueno lo causaba *Maboja* el jefe de los espíritus malos. La sangre fría de los Europeos en tales ocasiones, les causaba gran extrañeza. Así es que el valiente Caribe, el que sin embargo después de la muerte pasa á ser espíritu divino, vive en continuo temor de la muerte²¹.

Un animismo tan pronunciado no podía menos que engendrar naturalmente una brujería igualmente acentuada. Con efecto, los Caribes se sirven de los Magos para librarse del miedo y en general para entrar más fácilmente en relación con los espíritus. La reputación de los Magos de este pueblo estaba esparcida en muchos países del continente sur Americano. En muchas tribus brasileñas el nombre profesional del Mago era el Caribe²² El nombre propiamente dicho de los Magos Caribes muy conocido también era *Piaches* ó *Piayes*, análogo á *Poyes* que es un nombre de espíritu. Eran al

mismo tiempo Magos y Sacerdotes, puesto que muchas veces en sus encantamientos sacrificaban á nombre y en lugar del individuo por el cual oficiaban, comiendo ellos mismos la ofrenda y ofreciendo el espíritu de la ofrenda á los espíritus. Formaban, si no una casta, á lo menos una especie de orden ó congregación. Admitían novicios que sometían á muy severa y ruda disciplina; los preparaban por medio de muchos ejercicios, haciéndolos ayunar y vivir aislados y consagrándolos luego como verdaderos *Piayes*.

Se contaba con ellos para todos los casos de importancia, particularmente para las enfermedades, la guerra contra enemigos particulares; se les atribuía el poder de mandar á los vientos y al mar; de descubrir á los falsos magos, á quienes torturaban de una manera horrible y de revelar el porvenir. Para comunicarse con los espíritus se ponían en estado de éxtasis y se ejercitaban durante mucho tiempo para poder ponerse, cada vez que quisieran, en ese estado epiléptico. Se servían mucho del humo del tabaco que aspiraban en gran cantidad y que echaban luego al aire para con su aroma atraer el espíritu; murmuraban palabras misteriosas é ininteligibles, golpeaban la tierra con los pies haciendo mil contorsiones, practicaban todo esto de noche, alejando toda luz y recomendando el mayor sigilo. Cada Mago tenía su espíritu que no se presentaba más que á él y cuando salían falsas las predicciones de algún Mago era castigado sin piedad. Su manera de curar las enfermedades era la misma que en otros países salvajes. Se trataba de sacar el espíritu malo del cuerpo del enfermo y salía encerrado en un objeto cualquiera que el Mago se esforzaba en sacar, hasta chupando la parte dolorida cuando era necesario²³.

Por pronunciado que esté ese animismo, no impide que entre los Caribes como en todas partes, exista cierta mitología de la naturaleza. Aquí, sobre todo, es donde se nota más que en ninguna otra parte, la influencia traída á su seno por las mujeres que arrebatan y que luego, como madres de sus hijos no podían menos de inculcar á estos mismos hijos, algo de las nociones religiosas de los pueblos de que procedían. Existe, sin embargo, un rasgo esencialmente peculiar de los Caribes. No es el sol

²⁰ Réville, op. cit. tomo I, pág. 316.

²¹ Müller, op. cit., p. 214-215.

²² Müller, op. cit., p. 194.

²³ Müller, op. cit., p. 215, 216, 217 y 218.

sino la luna el objeto principal de su adoracion. La luna es para ellos un ser masculino un *Deus Lunus*. Celebraban con bailes las primeras fases de dicho astro. Se frotaban los ojos con el rocío que caía en aquel momento porque lo creían remedio infalible contra las enfermedades de ese órgano. Creen además que la luna salió de la tierra de una caverna donde estaba encerrada. Esta idea han podido encontrarla en las Antillas. La leyenda dice: que cuando el dios lunar se vió por vez primera habitando el cielo creyó que era el ser más bello que hubiera en el mundo, pero cuando por la mañana apareció el sol, el dios lunar lo encontró mucho más bello que él mismo y movido de despecho fué á esconderse en el horizonte. Desde entónces no se muestra en su plenitud más que después de haber desaparecido el sol. Durante los eclipses los Caribes hacen como los demás pueblos no civilizados, saltan todos á pié juntillas, gritando, dando alaridos hasta que todo haya concluido, y tratando de conjurar á los malos espíritus, que quieren hacer morir la luna ó el sol, por medio de una *Maraca* agitada por una jóven. El sol tambien lo adoraban los Caribes, pero no generalmente; lo que hace suponer que sólo ejercieron este culto despues de sus relaciones con los indígenas de las Antillas. En cuanto á las estrellas, consideran la mayor parte de ellas como representantes de otros tantos jefes caribes trasportados al cielo, y aquí su mitología se presenta bastante original. La estrella Venus es esposa de la luna. Además hay la estrella del trueno, la de la lluvia y del viento, la del mar que suscita las tempestades. Cómo pueden concillarse estas atribuciones naturalistas con la creencia animista de que las estrellas son Caribes difuntos, es lo que probablemente nunca se preguntaron. Puede inferirse, sin embargo, que habiendose humanizado el astro, ha sido héroe de alguna historia humana y desde entonces quedó identificado con el personaje que, segun ellos, representan; personaje que era naturalmente un Caribe. Lo que causa extrañeza es que cuando tiene lugar un terremoto, empiezan á bailar, porque la madre *Tierra* baila, dicen, y conviene á sus hijos hacer lo mismo. De aquí resulta que los terremotos son para ellos motivo de diversion. Confirmacion evidente del deseo que tienen de imitar á la divinidad adorada y de unirse á ella haciendo lo mismo que hace.

Los Caribes dedicaban facilmente un culto á los animales que pueden ser la forma visible de los

espíritus superiores. Comprendian, sin embargo, que las formas animales no convenian en realidad á seres divinos, puesto que admitian que loí espíritus no revestian la forma animal más que cuando se alejaban del Dios Supremo. La transformacion era, pues, una especie de decadencia ó castigo²⁴.

Los Caribes tenían un Dios Supremo ó más bien dos: uno bueno ó indiferente á lo menos, y otro temible que busca todo el mal posible á los hombres. El nombre del Dios malo es *Maboja*, espíritu malo que reina sobre los demás espíritus malos. Los Caribes emplean el nombre de *Maboja* no tan sólo para designar todo lo malo, sino muy particularmente todo lo hediondo. *Maboja* es el que amenaza en los eclipses al sol y á la luna. Es el que se teme durante la tempestad.

Varios indicios pueden hacer creer que *Maboja* personifica la noche. Lo raro es que *Maboja* no inspira sólo repulsion y hostilidad, pues los Magos lo invocaban para que concurriera á la iniciacion de sus novicios asignándoles un espíritu protector. Con la condicion de hacerle muchas ofrendas se transforma el mismo en espíritu protector. Los Caribes llevaban su imágen al cuello y la esculpian en la proa de sus barcos. Estas imágenes eran siempre lo más feas posible²⁵.

En cuanto al Dios Supremo de la otra categoría, es decir, el bueno cambia de nombre segun la tribu. Se hablaba de *Kualina*, ante el cual todos los demás espíritus huyen. Otros ponian en primer lugar á *Kouroumou*, estrella y Dios del mar. Pero la más singular y la más esparcida es la creencia que veia la principal revelacion del Dios Supremo en el arco iris, *Joulouka*. Era la aparicion de un ser inmenso que andaba sobre la tierra y sobre el mar. Puesto que se pasea así es que tiene curiosidad de ver lo que pasa. Sobre el mar su aparicion es buena señal; sobre tierra la cosa cambia; es mala señal: lo que prueba que este dios no es más que relativamente bueno. Tan pronto aparecia se escondian. Para figurarlo lo representaban como un hombre cuya cabeza estaba adornada con plumas de colores brillantes, iguales á las del colibrí. Por esta razon las ofrendas consistian en pájaros de esta especie. Así y todo lo tenían por bastante indiferente en lo tocante á los acontecimientos de la vida

²⁴ Müller. op. cit., p. 218, 219, 220, 221 y 222.

²⁵ Müller. op. cit., p. 230, 231 y 232.

humana. Era al mismo tiempo primera divinidad y primor hombre bajo el nombre de *Logno*, porque ese primer hombre vino sólo del cielo, hizo la tierra con una materia maleable que encontró, después la luna, y luego hizo salir los hombres de su ombligo y les dió la yuca²⁶.

Varios mitos obscenos explican la creación de los peces, de los pájaros y de las plantas. Después como los hombres no le hacían bastantes sacrificios la divinidad acabó con ellos por medio de un gran diluvio; ó bien según otra leyenda, no dejó más que un hombre y una mujer que se salvaron en la cúspide de una alta montaña, y que tirando las frutas de la palmera por encima de su cabeza hacía atrás, de sus semillas salieron los hombres²⁷.

Aquí se vé una amalgama de varias ideas muy esparcidas sobre los orígenes del hombre, hijo de la piedra ó de la selva, ó de las cavernas de la montaña. El diluvio americano nada tiene que ver con el bíblico: por lo general se menciona al principio de las cosas, el primer hombre es su autor, y a la vez testigo sobreviviente. Es la conjunción de las dos ideas de que el ser creador ó formador es idéntico al primer hombre y de que las cosas tienen un origen acuático. En el nuevo mundo como en el antiguo esta creencia está localizada sobre todo en las regiones sujetas á frecuentes y grandes inundaciones, así es que nada tiene de extraño encontrarlo en medio de los Caribes cuya raza vió formar el Orinoco inferior.

El espíritu superior, aunque nadie lo creó, tiene, sin embargo, una madre. Esto no debe considerarse como una contradicción porque esta madre no es otra cosa que el destino. Su nombre es *Attabeirá*. No goza de ningún culto, sus servidores son los espíritus tutelares de las estaciones del año, de la caza, de la salud y de la pesca. Se afirma que nunca muere. La idea de lo malo se une muy amenudo á la idea del destino que por fin trae la muerte, pero entre los Caribes el genio del destino no entraña maldad porque tienen un dios del mal particular que ponen á la cabeza de la serie de los dioses malignos²⁸.

A las dos diferentes escalas de religión en el sentido de las ideas sobre la divinidad, correspon-

den dos ideas diferentes sobre la vida futura: la una es la continuación de la vida en el otro mundo del mismo modo que la llevada en éste, y luego la segunda la metempsícosis. Según la primera idea, el alma llega al reino de los muertos tan pronto quedan despojados de carne los huesos del difunto, y se matan los esclavos sobre las sepulturas de los jefes para que puedan prestarles sus servicios en la otra vida. Los valientes viven en islas magníficas ó en la mansión del sol ó en el ciclo en compañía de las estrellas. Los cobardes por el contrario, llevan, en regiones incultas, una vida penosa y modesta. Según la segunda idea, llegan las almas á la mansión del sol ó se transforman en estrellas; esto en cuanto á los valientes; los cobardes ó malos se transforman en animales. Como se vé, la idea moral no aparece en ninguna parte. La suerte en el otro mundo se indica ó por una invariable necesidad de la naturaleza, recibiendo las almas del corazón todo el bien posible, mientras que las otras solo participan del mal, ó bien según la diferencia de valiente y cobarde, fuerte y débil, entonces participará de la suerte que se proporcione á sí mismo.

Junto al Orinoco existía también lo que puede llamarse idea de la inmortalidad terrestre y que no admite la noción de la muerte. El hombre debió ser inmortal. Cuenta la leyenda que el gran espíritu vivió mucho tiempo entre los Caribes. En el momento de abandonarlos, volvió otra vez hacía ellos en su navecilla y les dijo: «Y vosotros, sin embargo, cambiareis de piel.» Quería decir que no morirían, pero que cambiarían de piel como las culebras. Entonces dió á entender una vieja su poca creencia en las palabras del espíritu, lo que viendo éste, dijo: «Vosotros morireis». Aquí tenemos la noción de la fé llevada á su más alto grado²⁹.

Hasta aquí la reseña de la religión de los Caribes.

Habéis reparado sin duda ninguna, su carácter grosero, incoherente y primitivo á la vez y al mismo tiempo los rudimentos que presenta de un desenvolvimiento superior. Hemos visto que el Mago tiende á erigirse en sacerdote, que la mesa de los sacrificios se convierte en altar, que el más pronunciado y exagerado animismo se mezcla á cierto culto de la naturaleza que no procede del animismo sino que le sirve, por el contrario, de punto de

²⁶ Müller. op. cit, pág. 225, 226, 227, 228 y 220.

²⁷ Müller. op. cit., pág. 229.

²⁸ Müller. op. cit., pág. 230.

²⁹ Müller. op. cit, pág. 222, 223, 224 y 225.

partida. A la llegada de los Europeos á América este pueblo se encontraba en su período de extensión y de engrandecimiento y, por lo tanto, de refinamiento casi forzoso. Lo que hubiera sido de los Caribes en América sin la llegada de los Europeos cuando hubiese tropezado con las civilizaciones militares de Méjico y del Perú, no es posible hoy hacer ni la menor conjetura siquiera, pero este pueblo tuvo que retroceder y volverse diezmado y vencido hácia las comarcas que le habian servido de cuna, defenderlas palmo á palmo, y como los primeros descubridores se ocupaban muy poco de las necesidades y aptitudes, de los derechos y la historia de los indios, la evolucion se efectuó en sentido contrario: en lugar de la civilizacion vino la esclavitud y el exterminio. Y á medida que esto exterminio iba tomando proporciones, iba tambien formándose paulatinamente, la tan árdua y terrible cuestion de brazos, hoy palpitante, no resuelta todavía, que es el más importante factor de la ruina de este país, porque esta ha preparado la trata, la esclavitud, la emancipacion, la diversidad muy marcada de las nuevas razas importadas y el advenimiento de las razas mestizas fuente de trastornos y divisiones para el porvenir.

Y, sin embargo, esos esfuerzos del hombre primitivo, arrancando sus secretos á la naturaleza, encierran algo más espontáneo que nuestras evoluciones sociales, tan complejas y tan estrechamente ligadas á un progreso anterior.

«El esfuerzo de los iniciadores que se constituyeron en jefes de tribus, dice el Marqués G. de Saporta³⁰, agrupándolas, reuniéndolas en poblaciones, dándoles leyes que llevaban el sello de su genio, nos ha sido transmitido como una de las más remotas reminiscencias de la historia. Menés, Nemrod, Assur, personifican, sin duda, razas enteras; pero, estos pueblos que nacieron un día á la vida política, salieron de la noche que envolvía su cuna por la influencia de sus héroes y de los genios inspirados y superiores. Cuando las circunstancias y la raza combinada produjeron esta clase de esfuerzos, el hombre aún joven y dotado de plasticidad, no tuvo más que entrar en la nueva vía que veía abierta ante sus ojos. El horizonte era inmenso y vislumbraba grandes destinos. Se levantaba y se-

guia á sus jefes, que encarnaban sus instintos y formulaban sus aspiraciones.

»Si fuera posible reconstituir esas' primitivas escenas, veríamos, sin duda, á los pueblos, al salir de lo inconsciente, despertar á la vida bajo el imperio de ideas que haciéndose despues tradicionales, les servirán para gobernarse durante muchos siglos.

«El ideal no se ha revelado al hombre más que cuando éste ha sabido arrancarlo con una violencia instintiva, pero entonces también una especie de embriaguez se apoderó de los espíritus ante quienes se abria por vez primera el mundo de las ideas sin el cual nuestra raza limitada al horizonte estrecho de las invenciones materiales, nunca hubiera podido franquearlo y marchar adelante. No hubiera podido ni siquiera llegar á lo positivo y á lo real renunciando á la persecución de lo espiritual y de lo divino. Esto es lo que explica la extrema desigualdad de las razas humanas.

Todas han poseido desde su origen la facultad innata de perfeccionarse, pero este camino de la perfeccion con sus mil grados sucesivos, muchas han dejado de seguirlo, otras lo emprendieron con decision y llegadas á cierta altura, sintieron palpitante en ellas como un germen misterioso, una vibracion desconocida les reveló una dulce y celestial armonía que hasta entonces nada les habia hecho sospechar. Era el eco de ese encantamiento de la inteligencia que nace á la luz y cuya resonancia apenas debilitada guardaron los primeros Vedas.

»Cuando los Arianos, nuestros lejanos antepasados, despertaron á la vida social en los altos valles del Asia, entre el Cáucaso y el Indus, cuando indiferentes y entusiastas marcharon en varias direcciones dejando su paraiso terrenal, invocando á la divinidad protectora que vislumbraban en las nubes, en la luz del sol, en el rayo, creyéndose en lucha con fuerzas misteriosas, atribuyéndoles el ideal que llevaban en sí, cuando á costumbres sencillas, al instinto de las artes, á las prácticas de la agricultura añadian el sentimiento de lo que ensalza el alma, el amor de la familia, la impresion de esa soberana hermosura que resplandece en la naturaleza, entonces representaban verdaderamente el tipo de lo que el hombre tiene de más puro, de lo que le ha dado el imperio, de lo que por fin sólo puede mantener este imperio en manos de las razas que han permanecido fieles á su más alto destino, alejando de su seno los riesgos de la decadencia.»

³⁰ Un essai de Synthèse paléoethnique, par M. le marquis G. de Saporta. Revue des Deux. Mondes. 1^o Mai. 1883.